

# El hombre que ríe

Víctor Hugo



TOMO PRIMERO

*El hombre que ríe*, es la historia de Gwynplaine, un niño con la boca deforme que es salvado de una banda de robaniños por Ursus, un cómico ambulante. Junto con el pequeño estará Dea, una niña ciega que crecerá con él y con el pasar del tiempo vivirán un amor casto y puro.

*En Inglaterra todo es grande, hasta lo que no es bueno, hasta la oligarquía. El patriciado inglés es el patriciado en el sentido absoluto de la palabra. No existe feudalismo más ilustre, más terrible, ni más vivaz. Hay que decir que este feudalismo, en determinadas ocasiones, ha sido útil. En Inglaterra es donde se debe estudiar el fenómeno de la Señoría, como hay que estudiar en Francia ese otro fenómeno, llamado la Realeza. El verdadero título de este libro debería ser LA ARISTOCRACIA. Otro libro que vendrá después, podrá intitularse LA MONARQUÍA. Y estos dos libros, si le es dado al autor acabar este trabajo, precederán y conducirán a otro que se titulará: NOVENTA Y TRES.*

**Hauteville-House, 1869**

# PRIMERA PARTE EL MAR Y LA NOCHE

## DOS CAPÍTULO PRELIMINARES

I  
URSUS

## I

Ursus y Homo estaban ligados con estrecha amistad: Ursus era un hombre, Homo era un lobo. El hombre había bautizado al lobo. Probablemente él mismo se escogió también su nombre, y habiéndole parecido bueno *Ursus* para él, debió parecerle bien *Homo* para el animal. La asociación de este hombre y este lobo aprovechaba en las ferias, en las fiestas parroquiales, en las esquinas de las calles donde se amontonaban los transeúntes, y satisfacía la necesidad que el pueblo experimenta por doquier de escuchar patrañas y de comprar mejunjes. Ver animales domesticados es una cosa que agrada: nuestro supremo contento es ver desfilar todas las variedades de la domesticación. Por eso acude tanta gente al paso de las comitivas reales.

Ursus y Homo iban de una encrucijada a otra, desde las plazas públicas de Aberystwith a las de Jeddburg, de país en país, de condado en condado, de ciudad en ciudad.

Explotado un mercado, pasaban a otro. Ursus vivía en un barracón con ruedas que Homo, suficientemente civilizado, arrastraba de día y guardaba de noche. En los malos caminos, en las cuestas, cuando había demasiado lodo o era el terreno demasiado pantanoso, pasábase el ronزال al cuello y tiraba paternalmente con el lobo. Así habían envejecido juntos. Acampaban al azar en un arrabal, en un claro de un bosque, en el cruce de varias calles, a la entrada de los pueblos, en las plazas, en los juegos públicos de pelota, en los linderos de los parques y en el atrio de las iglesias. Cuando el carramato se detenía en algún campo de feria, cuando acudían las comadres con la boca abierta, cuando

los curiosos formaban círculo, Ursus les echaba un discurso, y Homo daba muestras de aprobación. Homo, con un platillo en la boca, hacía atentamente la cuestación entre los circunstantes. Ganábanse la vida. El lobo había sido adiestrado por el hombre, o se había adiestrado solo, en ciertas gracias de lobo que contribuían a hacer más abundante la colecta.

—Sobre todo, —decíale su amigo—, no degeneres en hombre.

El lobo jamás mordía, el hombre mordía alguna vez. Tal era, a lo menos, la pretensión de Ursus. Ursus era un misántropo, y para esforzar su misantropía, se había hecho charlatán. Y también para vivir, porque el estómago impone sus condiciones. Aquel charlatán misántropo, fuese para complicarse, o fuese para completarse, era además médico. Médico es poco, y Ursus era también ventríloquo. Veíasele hablar sin mover los labios; imitaba admirablemente el acento y la pronunciación de cualquiera, remedaba las voces de manera que parecía realmente oírse una conversación; simulaba toda clase de cantos de pájaros, del tordo, de la alondra moñuda llamada también la *beata*, del mirlo, del pardillo, todos pájaros viajeros como él; de manera que os hacía oír a su antojo, el rumor de una plaza pública atestada de gente, o el fragor de un bosque poblado de fieras; ora aparecía tempestuoso como una multitud, ora pueril y sereno como el alba.

Estos talentos, aunque raros, existen. En el siglo pasado, un tal Touzel, que imitaba los gritos de toda clase de animales, estaba al servicio de Buffon en calidad de colección zoológica completa.

Ursus era sagaz, inverosímil y curioso e inclinado a las singulares explicaciones a que damos el nombre de fábulas. Aparentaba creer en ellas. Esta circunstancia formaba parte de su malicia. Miraba las manos de los quídams, abría libros al azar y acababa pronosticando el destino, explicando que es peligroso encontrarse con una burra negra y más

peligroso aún oírse llamar, en el momento de emprender un viaje, por alguien que no sabe a dónde vais, y se titulaba «mercader dé supersticiones. ».

—Entre el arzobispo de Cantorbery y yo, —decía—, existe una diferencia; yo confieso.

Por lo cual, el arzobispo, justamente indignado, le llamó un día a su presencia.

Mas el astuto Ursus desarmó a Su Gracia, recitándole un sermón de su cosecha sobre el santo día de Navidad, que gustó tanto al arzobispo, que se lo aprendió de memoria, lo predicó y lo publicó como engendro suyo; mediante lo cual, le perdonó.

Ursus, médico, curaba a diestro y siniestro. Servíase de los aromas, entendía en los simples. Sacaba partido del profundo poder que existe en una porción de plantas desdeñadas, tales como el arraclán blanco, las hierbas mora y doncella, la centaurea, la ruda y el llantén.

Trataba la tisis con el rosoli; empleaba oportunamente las hojas de la lechetrezna que, arrancadas por la raíz, son un purgante, y arrancadas por arriba, son un vomitivo; os quitaba el dolor de garganta, por medio de la excrecencia vegetal llamada oreja de judío. Sabía cuál es el junco que cura al buey, y cuál es la menta que cura al caballo; estaba al corriente de las bellezas y bondades de la hierba mandrágora que, como nadie ignora, es hermafrodita. Tenía recetas propias. Curaba las quemaduras con pelo de salamandra, del cual Nerón, según Plino, tenía una servilleta. Poseía una retorta y un almirez, hacía transmutaciones y vendía panaceas. Contábase de él que en otro tiempo había estado encerrado en Bedlam; se le había dispensado que le tomasen por un insensato, y le habían puesto en libertad al notar que no era más que un poeta. Esta historia no era probablemente cierta; todos estamos sujetos a semejantes invenciones.

Lo que había de cierto es que Ursus era un sabiondo, hombre de gusto y viejo poeta latino. Era docto bajo dos

conceptos: hipocratizaba y pindarizaba. Habría competido en luces con Rapín y Vida; habría compuesto tragedias jesuíticas tan magistralmente como el padre Bouhours. De su familiaridad con los respetables ritmos y con la métrica de los antiguos, resultaba que tenía imágenes propias, y toda una familia de metáforas clásicas. De una madre precedida de sus dos hijas, decía: *Es un dáctilo*; de un padre seguido de sus dos hijos: *Es un anapesto*, y de un niño andando entre sus abuelos: *Es un anfímacro*. Tanta ciencia sólo podía conducir al hambre. La escuela de Salerno dice: «Comed poco y a menudo». Ursus comía poco y raras veces, obedeciendo así la mitad del precepto y desobedeciendo la otra mitad; pero la culpa la tenía el público, que no siempre aflucía, ni compraba con frecuencia.

—La expectoración de una sentencia, alivia, —decía Ursus—. El lobo se consuela con el aullido, el cordero con la lana, la selva con la curruca, la mujer con el amor y el filósofo con el epifonema.

Si era menester, Ursus componía comedias que casi el mismo representaba, y esto le ayudaba a vender sus drogas. Entre otras obras, había compuesto una pieza pastoral heroica, en honor al caballero Hugh Middleton, que en 1608 condujo un río a Londres. Este río estaba tranquilo en el condado de Hartford, a sesenta millas de Londres; el caballero Middleton fue y lo cogió, trajo una brigada de seiscientos hombres armados de picos y azadones, se puso a remover la tierra excavándola aquí y elevándola allá, a veces hasta veinte pies de altura o a treinta pies de profundidad, montó acueductos de madera y ochocientos puentes de piedra, ladrillo y madera, y cierta mañana entró el río en Londres, que carecía de agua. Ursus transformó todos estos detalles vulgares en una bella bucólica entre el río Thames y el arroyo Serpentine; el río invitaba al arroyo a irse a su casa, y le ofrecía su lecho, y le decía: «Soy demasiado viejo para agrandar a las mujeres, pero soy suficientemente rico para pagarlas». Frase ingeniosa y galante para expresar

que Sir Hugh Middleton había hecho todos los trabajos a su costa.

Ursus era notable en el soliloquio. De una complexión feraz y locuaz, deseaba no ver a nadie, y necesitaba hablar a alguien, y salía del paso hablándose a sí mismo. Quien haya vivido solitario, sabe hasta qué punto está en la naturaleza el soliloquio. La palabra interior desahoga. Arengar al espacio es un exutorio. Hablar alto y solo, produce el efecto de un diálogo con el Dios que tenemos dentro de nosotros. Ya es sabido que esta era la costumbre de Sócrates; se peroraba a sí mismo. Lutero lo hacía también. Ursus se parecía a esos grandes hombres: tenía esta facultad hermafrodita de ser su propio auditorio. Se interrogaba y se contestaba; se glorificaba y se insultaba. Oíasele desde la calle monologar en su barracón. Los transeúntes, que tienen su manera especial de juzgar a las personas de talento, decían. «Es un idiota». Acabamos de decir que a veces se inquietaba, pero había también ocasiones en que se hacía justicia. Cierta día, en una de esas alocuciones que a sí mismo se dirigía, oyósele exclamar: «He estudiado el vegetal en todos sus misterios, en el talento, en el capullo, en el pistilo, en el pétalo, en los estambres, en el cáliz, en el óvulo, y en el polen. He profundizado la cromacia, la osmosia y la quimosia, es decir la formación del color, del olor y el sabor». En este certificado que Ursus expedía a Ursus, había sin duda algo de fatuidad, pero que le arrojen la primera piedra los que no han profundizado ni la cromacia, ni la osmosia ni la quimosia.

Afortunadamente Ursus jamás había ido a los Países Bajos. De seguro que allí le habrían querido pesar para saber si tenía el peso normal, más allá o más acá del cual, un hombre es brujo. En Holanda este peso estaba prudentemente fijado por la ley. Nada había más sencillo ni más ingenioso: era una comprobación. Os colocaban en un platillo y si alterabais el equilibrio, brotaba la evidencia; si pesabais demasiado os ahorcaban; si pesabais poco os quema-

ban. Aun hoy puede verse, en Oudervater, la balanza para pesar brujas, sólo que ahora sirve para pesar quesos. Tanto ha degenerado la religión. De seguro que Ursus habría tenido que habérselas con aquella balanza. En sus viajes, suprimió la Holanda, e hizo bien. Por más que creemos que no salía nunca de la Gran Bretaña.

Sea como fuere, siendo muy pobre y muy enjuto, y habiendo trabado conocimiento en un bosque con Homo, había tomado gusto a la vida errante. Tomó al lobo en comandita y se fue con él por los caminos, viviendo al aire libre la gran vida del azar. Tenía mucha maña y mucha malicia, y muy buena mano en todo lo de curar; operar y ejecutar especialidades sorprendentes; se le consideraba como buen saltimbanqui y buen médico; pasaba también, como se comprende, por mago, algo, no mucho, porque en aquella época no era muy agradable que a uno le creyesen amigo del diablo. A decir verdad, Ursus, en su pasión por la farmacia y en su cariño a las plantas, se exponía, pues con frecuencia iba a coger hierbas en las ásperas malezas donde están las ensaladas de Lucifer y donde, según ha manifestado el consejero de l'Ancre, se corre el riesgo de tropezar entre la niebla de la noche como un hombre que sale de tierra, «bizco del ojo derecho, sin capa, con la espada al cinto y los pies descalzos». Además, Ursus, aun cuando de aire y temperamento extraños, era demasiado cumplido para atraer o alejar el granizo, para hacer aparecer fantasmas, para matar a un hombre con el tormento de una danza excesiva, para sugerir sueños claros o tristes, aterradores, y para hacer nacer gallos de cuatro alas; no tenía esas malas artes. Era incapaz de ciertas abominaciones, como por ejemplo de hablar alemán, hebreo o griego sin haberlo aprendido, lo cual es señal de una maldad execrable o de una enfermedad natural procedente de algún humor melancólico. Si Ursus hablaba en latín, es porque lo sabía. No se había atrevido a hablar siriaco porque lo ignoraba; a más de que está probado de que el siriaco es el idioma de los

aquelarres. En medicina, prefería correctamente Galeno a Carden, porque Carden, con ser tan sabio, no era más que un gusanillo con respecto a Galeno.

En suma, Ursus no era un personaje sospechoso para la policía. Su barracón era bastante largo y ancho para permitirle acostarse encima de un cofre donde tenía sus poco suntuosas ropas. Era propietario de una linterna, de varias pelucas y de algunos utensilios colgados de unos clavos, entre ellos, instrumentos de música. Poseía además una piel de oso con la cual se cubría en los días de gala; a eso llamaba ponerse de uniforme.

—Tengo dos pieles, —decía—; ésta es la verdadera.

Y enseñaba la piel de oso. La choza portátil pertenecía a él y al lobo. A más de su barracón, su retorta y su lobo, tenía una flauta y una viola que tocaba bastante bien, y él mismo se fabricaba sus elixires. A veces, aprovechábase de su ingenio para cenar. En el techo de su barracón había un agujero por el cual pasaba el tubo de una estufa de hierro colado, lo suficiente inmediata a su cofre para tostar su madera. Esta estufa tenía dos compartimientos; en uno, Ursus hacía cocer sus alquimias, y en el otro patatas. Por la noche el lobo dormía, amigablemente encadenado debajo del barracón. Homo tenía el pelaje negro y Ursus lo tenía gris; Ursus tenía cincuenta años, si no tenía sesenta. Estaba tan conforme con el destino humano que, como acabamos de ver, comía patatas, inmundicia con que entonces se alimentaba a los cerdos y a los presidiarios; pero las comía indignado y resignado a la vez. No era alto, era largo. Estaba doblegado y melancólico; el cuerpo encorvado del anciano es el hacinamiento de la vida. La naturaleza le había creado para estar triste. Le era difícil sonreír y le había sido siempre imposible llorar. Faltábanle consuelo de las lágrimas y el paliativo de la alegría. Un anciano es una ruina que piensa; Ursus era su ruina. Una locuacidad de charlatán, una delgadez de profeta, una irascibilidad de mina cargada, tal era

Ursus. En su juventud había sido filósofo en casa de un lord.

Acaecía esto ciento ochenta años atrás, en tiempo en que los hombres eran algo más bobos de lo que son hoy; pero no mucho más.

## II

Homo no era un lobo cualquiera. Por su afición a los nísperos y las manzanas, se le habría tomado por un lobo de pradera; por su pelaje oscuro se le habría tomado por un lobo de veras y por su aullido atenuado en ladrido, se le habría tomado por un *culpen*, perro chileno, pero no se ha observado todavía bastante la pupila del *culpen* para tener la seguridad de que no es una zorra, y Homo era un verdadero lobo. Medía cinco pies de largo, lo cual es una magnífica longitud de lobo hasta en Lituania; era muy fuerte, tenía la mirada oblicua, lo cual no era culpa suya, tenía suave la lengua y con ella lamía a veces a Ursus. Tenía un estrecho cepillo de pelos cortos encima de la espina dorsal y estaba delgado con una buena delgadez de gozque. Antes de conocer a Ursus y de tener un carromato de que tirar, hacía alegremente sus cuarenta leguas en una noche. Al encontrarle en un matorral cerca de un arroyo de agua viva, Ursus le había tomado cariño viéndole pescar cangrejos, con astucia y prudencia, y había saludado en él a un honrado y auténtico lobo kompara, del género llamado perro cangrejero.

Ursus prefería Homo a un asno, como bestia de carga. Hacer tirar de un barracón a un asno, le habría repugnado; hacía demasiado caso del asno para eso. Además, había observado que el asno, pensador de cuatro patas, poco comprendido por los hombres, pone a veces tiesas las orejas de una manera sospechosa cuando los filósofos dicen bestialidades. En la vida, entre nuestro pensamiento y nosotros, un asno es un tercero, y eso molesta. Como amigo,